

LA MUERTE DE GAYARRE.

¡La muerte de Gayarre! No, no es posible que nadie comprenda la emoción con que escribo esas horribles palabras á la cabeza de este artículo.

A nosotros, los escritores, nos está vedado el recogimiento íntimo, el llanto silencioso. No podemos, en determinadas circunstancias, pedir á la soledad el único consuelo, el único amparo que piden las grandes tribulaciones.

Tenemos que llorar en público, tenemos que exhibir nuestro dolor y que enseñar nuestras lágrimas delante de todos; y nos vemos obligados á hacer eso con sintaxis, con *mise en scène*, como en un puesto de feria, donde nos ve el transeunte y exige de nosotros el llanto reglamentado, sujeto á fórmulas de lenguaje, adornado con las galas de la elocuencia.

¡Y esto es espantoso! Los lectores lo tendrán en cuenta, al recorrer estas líneas que trazo al correr de las lágrimas, incapaz como me siento de coordinar el mundo de ideas que se agolpa en mi mente al contemplar la inmensa catástrofe que hoy aflige á España con la muerte de Julian Gayarre.

Mi vida está unida por tantos recuerdos á la del gran cantante, que, al desaparecer éste del mundo de los vivos, parece, que desaparece con él una parte de mi propia existencia, parte dulcísima, parte inolvidable, que arranca de los tiempos de pobreza y oscuridad en que ambos vivíamos unidos por los lazos del infiernito, sin poder prever en el agitado vaiven de una bohemia pasajera, las contingencias del porvenir.

Parece que le estoy viendo entrar todas las noches en el café de Zaragoza, envuelto en su capa parda, destenida, con el sombrero hongo viejo y abollado, pobre; miserable, enteco, vivendo á salto de mata, acercarse á la mesa del malogrado Pepe Gainza y compartir con

él la modesta cena que le servian como pianista del establecimiento.

Parece que le estoy viendo volver de casa de D. Hilarion Eslava, de pedir al famoso maestro camisas ó zapatos,—no recuerdo qué— para el viaje que Gayarre tenía que emprender á Italia con objeto de dedicarse á la carrera del canto.

Se marchó, y volvió, años despues, completamente desfigurado. Bien vestido, con el bigote atusado y el hongo flamante, llevaba sortijas en los dedos y había cantado el *Tannhäuser* en Viena, si no recuerdo mal.

Volvió a desaparecer de nuevo, y Milan nos lo mandó, en breve, cubierto de gloria. Habíanlo contratado para la Scala, como tenor del segundo cuarteto; había cantado *La Favorita*, y el cantante incomparable, revelándose de pronto en todo el esplendor de su maravillosa garganta, se impuso á los milaneses como una evocacion de pasados tiempos; y conquistó de repente, sin esfuerzos, por derecho propio, el trono que nadie había de disputarle en lo venidero.

Desde aquel instante, la vida de Gayarre es una apoteosis. Las mágicas notas de su voz excitan la admiracion de los principales públicos de Europa, que le siguen, paso á paso, subyugados, fascinados por los acentos inenarrables que el tenor arranca de su prodigioso aparato vocal.

El género que Gayarre cultiva es el que adopta el teatro. Con el encanto de su voz resucita óperas que yacían abandonadas, y el público va tras el intérprete, atraido por un nuevo *fiat lux* que descubre nuevos horizontes y proporciona placeres desconocidos, de los cuales benefician por igual las generaciones pasada y presente.

Y en este ambiente de entusiasmos sin cuento y de satisfacciones sin par, comienza por el cantante la vida ruda, trabajosa, sin tregua ni descanso, del esclavo de su arte, vida que le roba todos los instantes de la existencia, que le cierra la puerta de todos los placeres, que le convierte en verdugo de sí mismo, arrojándole fuera de las dulzuras del mundo y encerrándole tiránicamente en el cumplimiento de un deber, al cual tiene que sacrificarse por entero y en el cual ha de sorprenderle la muerte.

¡Y ha muerto! Ha muerto en el esplendor de su talento, en el píñaculo de la gloria; ha muerto al escuchar el primer aviso del arte, al contemplar asombrado la primera rebeldia de su garganta.

El dia 8 de Diciembre próximo pasado cantaba Gayarre en el tea-

tro Real *Los pescadores de perlas*. Llegó la romanza que él había hecho célebre, y rozósele una nota.

—¡No puedo cantar!—exclamó:—y salió de la escena, presa de un accidente nervioso.

Se rehizo, merced á los cuidados facultativos, y quiso que el público escuchase aquel delicioso trozo de Bizet, que un accidente fortuito había interrumpido de repente.

En el acto tercero, Gayarre volvió á entonar la romanza; pero al llegar la nota fatal, quebróse de nuevo.

Inclinó entonces la cabeza el artista, y con acento indefinible, con una expresión desesperada de pena y de quebranto, dijo:

—¡Esto se acabó!

Y se acabó, en efecto; pero se acabó todo y para siempre.

El aviso del arte, la rebeldía de la garganta repercutieron en aquella naturaleza, unida íntimamente al canto; y como si al romperse la voz se hubiese quebrado el alma por un fenómeno moral, una dolencia traidora que acechaba al hombre desde hace tiempo y se anidaba en el pulmón, en el órgano vital del artista, se desarrolló con ímpetu horroroso y lo ha matado tras lenta y dolorosa agonía.

Nómada del arte, esclavo suyo y víctima, lleno de gloria, lleno de riquezas, rodeado de la admiración de Europa, joven, rico, ha caído como algo extraordinario, como algo doloroso que destroza el corazón y arranca lágrimas de desconsuelo, más que por la muerte misma por las circunstancias en que se ha verificado.

Ha muerto en lecho mercenario, rodeado, sí, de parientes amantísimos y de amigos del alma, pero ¡sin una madre, sin un padre, sin un hermano, sin una esposa, sin un hijo que haya besado por última vez sus labios lívidos y haya cerrado sus ojos con la postrer y suprema caricia del amor!

¡Pobre Julian! ¡Yo deposito sobre tus despojos mortales esta pobre corona de lágrimas, que representa un mundo de recuerdos! ¡Acéptala, con mi último adiós, como ofrenda humildísima, mientras llega el día en que, con ánimo menos atribulado, pueda ofrecerte más valioso don! ¡Y que Dios, en su misericordia infinita, te conceda en un mundo mejor los placeres que tú has proporcionado en este!

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.
